

FORMACIÓN SOCIAL DE LOS JÓVENES

(Continuación) (1)

LA ESPECIALIZACIÓN

Ahora bien; supuesto—y demostrado asimismo, aunque bastante a la ligera—que no es posible en los tiempos modernos ser uno eminente en todos los ramos del humano saber; preciso es, para sobresalir en alguno de esos ramos, y por lo tanto, para ser una autoridad social reconocida, acudir a la ESPECIALIZACIÓN, dedicarse con preferencia a una materia.

—Pero ¿qué exige la *especialización*?—preguntaréis.

Dos cosas, ante todo, ninguna de las cuales creo yo que pueda echarse en olvido.

La primera es haber adquirido la formación genérica *fundamental*, de que os hablaba en la conferencia de ayer.

«La variedad,—ha dicho Vázquez de Mella— cada vez más opulenta en las disciplinas científicas, sobre todo en las que se refieren a la naturaleza exterior, y el enlace entre todas las ciencias, exigen por un lado la especialidad, y por el otro conocimientos generales, para que no se rompa con un aislamiento excesivo, la unidad del saber.»

Es cierto.

Pero a mi juicio, se requiere ALGO MÁS que conocimientos generales; es menester poseer una formación básica, científica, sobre todo del ramo en que uno quiere especializarse.

Permitidme insistir en esta materia. Tengo para ello varios motivos. ¿Cuáles son?

El primero de todos, señores, es que especializarse sin esa base cultural solidísima, es ponerse en peligro inminente de caer en errores de monta.

La experiencia de todos los días nos lo demuestra. Y son de ello testimonio fehaciente no pocos de los tenidos hoy día por «savants», por hombres eminentes en algún ramo de la ciencia.

(1) Véase ESTUDIOS, octubre 1925.

Esos tales llegan a obsesionarse de tal manera por lo que constituye su especialidad, que, ordinariamente, no ven ni pretenden saber más de lo que se encierra en la pequeña porción de terreno de su coto intelectual.

Carecen, por lo tanto, de amplitud de visión. Y no es este pequeño defecto.

Pero como también, de ordinario, carecen del auxilio validísimo de otras facultades, de otros estudios científicos, que les sirvan de contrapeso y de norma; de ahí que, si no poseen conocimientos fundamentales, macizos del ramo de la ciencia que forma como la base de su particular especialización, acaban por discurrir, generalmente, en forma tan poco científica, con tanta falta de lógica, que en ocasiones se diría que carecen de *sindéresis*. Por eso no es nada extraño que suelen alguna vez enormidades doctrinales, verdaderas herejías aun científicas, cuando se salen de los linderos acotados de su especialidad.

Y ahí tenéis, queridos jóvenes, la explicación de ese menosprecio que suelen sentir no pocos especialistas por todo lo que respecta a estudios religiosos, a las ciencias sagradas. No es sólo por sectarismo o por mera indiferencia religiosa, sino muchas veces, porque creen que cuanto no cabe dentro del ámbito estrecho, de la esfera achata-da de su especialidad, no merece los honores de ciencia, y por ende, que los «sabios» no tienen por qué dedicarse a apreciar semejantes disciplinas.

Al mismo defecto hay que atribuir el que algunos de los sociólogos cristianos sufran a veces desviaciones o influencias socialistas—cuya trascendencia no ven ni sospechan—cuando tratan de fijar algunas reivindicaciones particulares de clases o grupos, o cuando descienden al terreno de las realizaciones y soluciones prácticas de las cuestiones sociales. Es que, como dije en mi primera conferencia, *carecen* de formación sociológica fundamental.

El segundo motivo, y lo segundo que *debe evitarse*, es la excesiva, o mejor dicho, la nimia especialización. Así como en el mundo obrero moderno, la división exagerada del trabajo ha materializado y embrutecido a los operarios, que han quedado poco menos que convertidos en apéndices del monstruoso maquinismo de nuestros días y en esclavos de una nueva esclavitud, la de estar de continuo sujetos a una especie átoma de operaciones monótonas e insufribles; así también la especialización exagerada, reducida a una esfera muy limitada de estudios, de observaciones o de análisis, hace fácilmente del especialista un monomaniaco, una especie de desequilibrado, no sólo incapaz

de elevarse a las altas concepciones del pensamiento, pero ni siquiera de comprender en toda su complejidad y refinamiento la civilización y la vida.

Los sociólogos que creen infantilmente que con solo el cooperativismo, desarrollado sistemáticamente en toda su integridad, se lograría solucionar completamente todos los problemas sociales del mundo moderno, pertenecen por entero a esa raza. Por su miopía sociológica han reducido tanto el campo de visión de lo social y por su sentido económico extremado están tan encariñados con las ventajas inmediatas de esa forma de asociación, que todo lo encierran en ella. En los hombres no ven más que cooperativistas, y en la humanidad una inmensa cooperativa... sobre todo de consumo. Hánse especializado tanto en esa forma económica monorima, que han dejado de ser cooperativistas en toda la amplitud de la acepción y, sin sospecharlo, se han convertido en «pobres de espíritu», en un sentido totalmente contrario al del Evangelio, y en sociólogos simplistas.

Es ese, amigos míos, un peligro de monta, que debéis evitar, a fin de que la especialización no os incapacite intelectualmente y no os absorba del todo.

No recordáis acaso que aun a San Luis se le hubo de recomendar que no pensara tanto en Dios, cuando su mente estaba tan endiosada que permanecía absorta de continuo en la contemplación de las divinas perfecciones de su Amado? Pues si así se procede en la ascética; ¿cómo no proceder de la misma manera en otras materias?

Por eso, señores, es de suma conveniencia, para conservar en medio de las preocupaciones científicas, literarias o artísticas, la libertad y flexibilidad de espíritu—y no menos el equilibrio mental y corporal—procurar alternar, con lo propio de la VOCACIÓN CIENTÍFICA o literaria, el estudio moderado de alguna otra materia, que ensanche los horizontes intelectuales, o el cultivo atrayente de algún arte que equilibre las fuerzas anímicas.

No echéis en saco roto, amigos míos, esas observaciones tan sencillas como prácticas, que os serán de no pequeña utilidad en adelante, mayormente en vuestros estudios especializados.

LA VOCACIÓN

No sé si os habréis fijado en una frase que acabo de pronunciar, y que ha salido de mis labios como instintivamente, como algo que brota espontáneamente del espíritu: «VOCACIÓN CIENTÍFICA O LITERARIA».

Quiero deciros algo acerca de ella, porque es materia de grandísima importancia.

No hay cosa que más debáis tener *in capite libri*. La vocación intelectual es SUMAMENTE necesaria para la especialización. Esa vocación es algo así como un llamamiento, una atracción, un sentirse destinado, tanto de parte de Dios como de la misma naturaleza. De parte del mismo hombre, es situarse. Colocarse en su punto. Entrar de lleno en la plenitud de sus facultades y energías. Navegar con rumbo cierto. Ser capaz de convertirse en un agente poderoso, de acción, de progreso, de realizaciones fecundas.

El apóstol, el sabio, el afortunado inventor, el conductor de muchedumbres, el gran estadista... todos cuantos han logrado ser lo que realmente significan esas palabras, han sido hombres que han acertado en la elección de su especialidad, que han conocido su vocación y han correspondido plenamente a sus exigencias. Tales han sido los héroes de Dios, y tales también los bienhechores de los hombres.

Ah, y... ¡quién sabe!... Tal vez también los grandes criminales, los grandes enemigos de los pueblos, fueron... bárbaros que adivinaron por desgracia su especialidad: la de saber que podían hacer mucho daño en el mundo.

La causa principal porque algunos, con una formación cultural, harto defectuosa y desmedrada, han sido o son tan poderosos en lo político, en lo social o en otros campos de acción, no es otra, señores, a mi juicio, que el haber tenido la ventura o la desgracia de actuar y de agitarse dentro de su propio ambiente, en la mayor plenitud o si queréis en el mayor desequilibrio, de sus facultades naturales. *Seguir* la vocación es ponerse en condiciones de poder aprovechar todo el vigor de las energías humanas. Es casi un dejarse llevar; un sentir la voz poderosa que clama dentro del propio espíritu: ¡Adelante! ¡Adelante!

Seguid la vocación, amigos míos. Ahí está el gran secreto del éxito. Ahí la senda del triunfo. ¡Ah!, perderéis lastimosamente el tiempo y sufriréis los fracasos más desastrosos, casi siempre irremediables, en vuestra carrera y profesión, si no acertáis a conocer la vocación de vuestro espíritu; si conociéndola, no la seguís con fidelidad y constancia!

DESACIERTO EN LA ELECCIÓN

La inutilidad que experimentan algunos en sus tenaces esfuerzos, dignos de mejores resultados, y también la razón fundamental de no

aplicarse otros con toda perseverancia a sus estudios, débese, generalmente, al *desacierto en la elección* de la carrera, al desconocimiento de la especialidad, que les llamaba secretamente y que debían haber escogido.

Pedían sus estudios talento analítico, y ellos sólo sabían divagar por las regiones etéreas. Les exigía su carrera concentración persistente de todas las facultades del alma, y ellos eran la misma veleidad y agitación en persona. Su especialidad reclamaba cálculos profundos, pacientes, observaciones, y ellos eran tan solo tribunos fogosos, capaces de entusiasmar a las muchedumbres populares.

Escogieron un orden de materias; insistieron en un aspecto de las mismas, sin consultar su vocación intelectual, sin escuchar la voz de su inclinación afectiva, sin preceder a la elección un examen atento de las propias aptitudes, y de ahí resultó, señores, que ni la carrera ni el aspecto parcial de la misma seleccionado para la intensificación de sus esfuerzos, eran los más adecuados a sus particulares condiciones, siendo así que en cada uno de nosotros son éstas tan singulares, y propias, que dentro de la humana especie, puede decirse que, en este linaje de cosas no hay dos hombres iguales o del todo semejantes.

La naturaleza humana, es tan fecunda y tan varia en la procreación de sus hijos, que es poco menos que infinita la variedad de rasgos característicos, de diversidad de matices, con los cuales distingue a cada hombre.

Diríase que así como en el orden de la gracia y con relación al estado religioso, hay una inmensa variedad de vocaciones de forma que uno se siente llamado a ser cartujo, otro a ser benedictino, éste a ser dominico, aquél a ser jesuíta... y aun dentro de la misma orden y de un mismo espíritu, tal religioso parece hecho como de molde para una clase de ministerios y tal otro para otra muy diferente: así también, queridos jóvenes, con respecto a la vocación natural para las ciencias, hay una suma variedad de predisposiciones y aptitudes hasta tal punto que en lo que en materia de estudios es fácil y hacedero para unos; cual si en él se realizara la teoría platónica de que aprender no es más que recordar o despertar ideas adormecidas en la mente, para otros, todo, son dificultades invensible, cual si el saber no cupiera en su intelecto, o éste lo rechazara instintivamente con horror.

ENTENDER, pues, queridos jóvenes, PERFECTAMENTE para qué sirve uno o más en particular, con relación a tantos y tan variados estudios como florecen en el campo extensísimo y fecundísimo de la cien-

cia, es gran sabiduría, fortuna inapreciable y casi siempre la llave única del buen suceso en la carrera, y más aún en la propia especialidad.

LOS HOMBRES UNIVERSALES EN NUESTRA ACCIÓN

Y pues ahora, señores, viene tan en su punto, a propósito de lo que estamos diciendo, el haceros notar uno de los más graves defectos, sino el peor, que padece, la acción católico-social en casi todos los países, permitidme una semidisgresión, que confirmará, sin embargo, al mismo tiempo, lo que os estaba diciendo.

Para cualquier ramo de la humana actividad, para un asunto cualquiera de alguna importancia, exigimos de los demás una cierta especialización, por lo menos, en último término, la empírica, la que se alcanza con el ejercicio, la que es fruto de la experiencia, propia o ajena.

Sin embargo, en materia de acción social católica, la abundancia de hombres universales—un nuevo tipo de especialistas!—de hombres que creen servir para todo, ES ASOMBROSA. Carecemos de sociólogos eminentes, de autoridades indiscutibles en un ramo determinado, pero, en cambio, tenemos católicos que los son TODO; organizadores, escritores, oradores, propagandistas, técnicos, prácticos, hombres de obras y de acción... Causas segundas universales!

Acordémonos, señores, de que esta época, a pesar de ser tan democrática, es sin embargo, la del *rey del acero*, del *rey de la banca*, del *rey del petróleo*. Sabiamente se ha ido cada vez más a la especialización! La ley de la intensidad y la ley de la eficacia lo exigen.

San Pablo, al hablar del cuerpo místico de Jesucristo, la Iglesia, expone una enseñanza provechosísima, que hace muy al caso, y que nunca deberíamos olvidar los católico-sociales.

Dice el Apóstol a los fieles de Corinto (1): «Sobre los dones espirituales no quiero, hermanos, que viváis en ignorancia... Pues hay repartimientos de gracias, mas uno es el Espíritu. Y hay repartimientos de ministerios, mas uno mismo es el Señor. Y hay repartimientos de operaciones, mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos, y a cada uno es dado la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a uno por el Espíritu es dada la palabra de sabiduría; a otro palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro fe por el mismo Espíritu; a otro gracia de sanidades en un mismo

(1) I. Cor., 12.

Espíritu; a otro operación de virtudes; a otro de profesía; a otro de discreción de espíritu; a otro linajes de lenguas; a otro interpretación de palabras... Y así a unos puso Dios en la Iglesia, en primer lugar apóstoles, en segundo profetas, en tercero doctores, después virtudes, luego gracias de curaciones, socorros, gobernaciones, géneros de lenguas, interpretaciones de palabras. Por ventura son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿son todos doctores? ¿o todos virtudes? ¿o todos tienen gracias de curaciones? ¿o todos hablan lenguas? ¿o todos interpretan? (1).»

Pues ved ahí, señores, un caso maravilloso: en la acción social católica se entiende de otra manera; todos han de ser apóstoles, y profetas, y doctores, y tener gracia de sanar, y de dirigir, y de hablar, y de interpretar... aún aquello que debe entenderse por verdadera doctrina social de los católicos, y por obras sociales, y por puntos de nuestro programa y por orientaciones y normas directivas de la Iglesia!

Somos en realidad tan CATÓLICOS... que hasta en lo social queremos ser UNIVERSALES!

Sin embargo, Dios en el orden de la gracia obra conforme a un plan admirable de providencia y economía. Y en el orden de la naturaleza, procede de la misma sapientísima manera. Y en el cuerpo humano, en nosotros mismos, ha querido que todo estuviese ordenado, distribuído, jerarquizado.

Pues cuando todo, señores, nos predica la necesidad imprescindible de la división del trabajo, del repartimiento de funciones, de la especialidad y aplicación intensiva de los esfuerzos; muchos católico-sociales, faltando a las leyes del orden y de una sabia economía—leyes que no pueden quebrantarse, sino bajo pena de incurrir en la esterilidad más afrentosa—se empeñan en un colectivismo de nuevo género: TODOS PARA TODOS (2).

(1) En esa misma traza de la economía del cuerpo místico de Jesucristo insistió el Apóstol escribiendo a los fieles de Efeso: «A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia según la medida de la donación de Cristo... Y El mismo dió a unos ciertamente Apóstoles, y a otros Profetas, y a otros Evangelistas, y a otros Pastores y Doctores.» (Ad. Ephes., 4.)

(2) Rovigatti en *L'Osservatore Romano* (9 de enero de 1924) ha dicho: «Hay una forma de falta de honradez, que difícilmente se quiere reconocer, y es la incompetencia. No se puede pasar indiferentemente de una mansión a otra; de la redacción de un periódico, de la mesa del conferenciante, de la propaganda sindical, y peor, de la propaganda política a las obras económicas, y de una a otra obra de esta especie.»

Pero, naturalmente, con esta práctica abusiva, que en tantos países, puede observarse, no es posible contar con hombres de verdadero valer, con especialistas eminentes, sino, cuando más, con abundancia de medianías.

RACIONAL ORDENAMIENTO

Una de las causas porque, a veces, nos temen tan poco nuestros enemigos, es porque a la legua descubren que carecemos de verdadera ciencia, de técnica consumada, del *savoir faire*, indispensables para que las obras permanentes y los movimientos sociales sean fecundos, de resultados duraderos.

El día venturoso en que se logre dividir el trabajo y ordenar el campo católico-social, estableciéndose con acierto, que el «que sepa dirigir», dirija; y el que «sepa hablar», hable; y el que «sepa escribir», escriba; y el que «sepa organizar», organice, y aquellos que «sepan enseñar», o conquistar multitudes, o penetrar en las masas hostiles del pueblo, o ser las cabezas pensantes e inspiradoras, enseñen, conquisten, penetren, inspiren y orienten... en ese día la acción social católica, sea cual fuere la condición de un país, aun humanamente hablando se impondrá, porque aparte de la bondad de sus doctrinas y soluciones, será sabia, metódica, ordenada, cual conviene a un ejército debidamente organizado; aprovechará, por consiguiente, las grandes energías y esfuerzos, hoy en confusión y desorden lamentables, de todos los miembros y adherentes, y sobre todo, será «social», propiamente social, no sólo por el fin que pretende, sino porque ella, en sí misma, y con relación a sus propios componentes, estará constituida de un modo conforme a seres racionales y sociales.

Pues ¿quién podrá admitir fácilmente que porque aquél es, *verbi gratia*, orador elocuente y brillante, o fogoso y audaz propagandista, ya esté capacitado para ser estratega del ejército social para resolver de un solo tajo cuestiones intrincadas de doctrina, o bien que porque aquél otro es fecundo y galano escritor, ya pueda figurar como competente y experto sociólogo para lo científico y lo práctico, para la técnica social, técnica que no tiene nada que ver con la rutina y el empirismo?

Un solo técnico que goce de gran prestigio y autoridad, honra más al «catolicismo social» y es de más provecho a la causa, que millares de meros diletantes.

Y no dudo en afirmar que unos cuantos hombres de altura, especializados y competentes—v. gr.: un director eminente de obras socia-

les, un técnico de valía en asuntos económicos, un orador popular de arrebatadora elocuencia, un escritor concienzudo y vibrante, y algunos obreros bien formados y expertos darían unidos una fuerza tal a las huestes católico-sociales de cualquier país, que poco a poco arrollarían al ejército contrario, y cuando tanto no, por impedírsele alguna dificultad imprevista, o porque el medio ambiente estuviese ya demasiado pervertido, por lo menos lograrían neutralizar en gran parte su maléfica acción sobre las multitudes proletarias.

Creedme: cuando los católicos no se imponen ni triunfan, es porque entre ellos, o no hay unión, o no hay hombres de valer. Y a veces, porque falta lo uno y lo otro.

Hoy los enemigos de la Iglesia no tanto temen nuestras virtudes y buenas obras, cuanto los resplandores de la ciencia cristiana y la eficacia de la técnica.

¡Un sabio católico, práctico y eminente, los CONFUNDE!

« ANCH'IO »

Me he alejado bastante del punto que tratábamos, y a la verdad, no lo siento.

Era preciso, queridísimos jóvenes, decir ALGO, algo por lo menos, en este sentido.

Y ojalá que, después de haber oído lo que acabo de deciros, no hubiese uno solo entre vosotros que no tuviera la ambición, la osadía viril, la audacia y el arrojo llevados hasta el extremo de querer ser, para honra de la causa católica, una eminencia social!

Sí, «ANCH'IO SON PITTORE», debéis exclamar con Correggio. También yo con el favor divino seré un hombre eminente, un especialista de mérito.

Está bien: con el favor divino, sí; a Dios rogando, pero también con el mazo dando.

Esto es, resumiendo:

Empezando por el principio,

y yendo adelante, con método,

y no desperdiciando partecita del buen don, si hace al caso,

y huyendo de lo ñoño y de lo fácil,

y escogiendo de momento pocos libros, pero todos magistrales,

y estudiando algunas instituciones, pero notables,

y tratando íntimamente con algunos hombres de obras, pero los más competentes;

y observando y reflexionando atentamente, y ejercitándose en la acción poco a poco,

y no pretendiendo sobresalir en breve tiempo,

y mucho menos no queriendo—es una observación muy práctica—estudiar lo propio de la especialidad escogida desde el punto de vista católico y, a la vez, desde el punto de vista contrario.

LA OTRA CAMPANA

Hay que saber, ciertamente, qué sienten, y qué dicen, y qué hacen nuestros adversarios, pero antes es preciso formarse muy bien en lo propio y peculiar de nuestro campo.

Es, señores, un gran desbarajuste y un nido de peligros, de peligros próximos, querer averiguar y entender, fuera de tiempo, qué cosas enseñan y proclaman los enemigos de la Iglesia.

De ese abuso no puede seguirse sino confusión y deformación, y tal vez, ALGO MÁS.

El dicho de San Francisco de Sales: «Vísteme despacio, que voy de prisa», es una norma segurísima de buen método y de mucho sentido práctico.

No siempre el que corre más es el que llega más pronto a la meta.

Los caballos sicilianos corren mucho, pero se fatigan pronto.

Lo que de momento parece que retarda algún tanto la marcha, después es, precisamente, lo que más contribuye a que se pueda volar.

Quien ya ha logrado dominar una materia, según nuestros principios; luego, facilísimamente y en corto espacio de tiempo, se hace cargo de lo que dicen,—y también de lo que callan— acerca de la misma los del campo contrario.

Sí, señores; hay que saber lo que ellos forjan, discurren y sistematizan: sus errores, sus falacias, sus embustes. Siempre será una regla de gran prudencia aquella máxima: *Audiat et alia campana*, oigamos la otra campana. Sepamos, pues, lo que los otros nos objetan y lo que sostienen y difunden. Esto es más necesario en los especialistas que en los que sólo han de adquirir una mera cultural general sociológica.

Pero tengamos también muy en cuenta una observación atinadísima del P. Rutten, que dice así: «Frecuentemente y con razón, reprobamos en muchos de nuestros adversarios el no haber estudiado nunca nuestra doctrina católica en las obras de nuestros más eminentes teólogos y de nuestros mejores filósofos, y nada digamos de las Santos Padres y de los Concilios, que desconocen completamente... Cuando voso-

tros pretendáis refutar la doctrina y la acción de los socialistas, procurad no incurrir en los mismos defectos, yendo a estudiar el socialismo en libros de ningún valor o en fragmentos o extractos, cuyos textos anteriores y subsiguientes no hayáis leído de antemano (1).»

Ahora bien: si eso exige el P. Rutten, con respecto a las doctrinas de nuestros contrarios; decidme, señores, ¿qué no deberemos exigir con relación a las nuestras, a las del «catolicismo social»?

FORMACIÓN CIENTÍFICA

Es, ciertamente, un MAL FUNESTÍSIMO, aun para la misma cultura esa práctica tan difundida y tan comercialista, de nuestros tiempos, de poner «la ciencia»—la ciencia, señores!—«al alcance de todos», en pocas páginas y por una nadería. Esa divulgación científica, aparatosa por los títulos, atrayente por el aspecto de novedad, enmarañada e incongruente por su fondo, que tanto fascina, ¡CUÁNTAS inteligencias ha malogrado y pervertido! Quien llegue a ser asiduo lector de esas colecciones de opúsculos que llaman enfáticamente: *Biblioteca mundial, universal, enciclopédica, científica*, etc., PERDERÁ del todo el gusto y el ánimo para estudiar en adelante una obra profunda en cualquier ramo científico. La «densidad metálica» de uno de esos grandes libros de los verdaderos sabios, será superior a sus fuerzas, de ordinario ya escasas, pero además debilitadas por falta de alimento intelectual, sólido y robusto.

Sí, pues, vosotros, queréis ser especialistas de mérito, legítimas autoridades sociales, *adquirid*, además de la formación fundamental y sólida, una preparación más particular y profundizada en la materia que sea objeto de vuestra especialización (2).

Sólo así habréis llenado tales propósitos.

(1) *Manual de Estudios Sociales*.

(2) Para lo cual pueden servir las siguientes obras:

Tratado de economía social, de Toniolo. (Está traducida al castellano.)

Cours d'Économie sociale, por Antoine (6.^a edición).

Question sociale et écoles sociales, por Garriguet.

Études de Sociologie, por Garriguet.

Traité de Sociologie d'après les principes de la Théologie catholique, por Garriguet.

Lehrbuch der Nationalökonomie, por Pesch. (Está en parte traducida al castellano.)

Die christlich-ethischen Sozialprinzipien und Arbeiterfrage, por Meyer.

Die soziale Frage, por Biederlack. (Está también en castellano.)

EL CONTACTO CON LAS INSTITUCIONES Y LOS HOMERES DE OBRAS Y EL «INSTINTO SOCIAL»

Dos observaciones importantes me permiten sugerir: la primera es que en las especializaciones de carácter más práctico, es muy conveniente establecer un CONTACTO más directo y frecuente con las INSTITUCIONES y con los hombres de OBRAS, que no en aquellas especializaciones que sólo se refieren a materias estrictamente doctrina-

-
- Leitfaden für die soziale Praxis*, por Retzbach.
Cuestiones de justicia, por Vermeersch. (Está traducida al castellano.)
Manual Social, por ídem.
Sociología cristiana, por Casanova.
Cathechisme social, por Dehon.
Sintesi sociali, por Sturzo.
Les grandes lignes de l'Economie Politique, por Brants. (Está traducida al castellano).
Elementi di Sociologia e di Economia Politica, por Dardano.
Jus sociale, por Liberatore.
Principii di Economia politica, por ídem.
De iure et iustitia, por Pottier.
El socialismo, por Cathrein. (Traducido del alemán al castellano).
El socialismo contemporáneo, por Winterer. (Ídem.)
Análisis del socialismo contemporáneo, por Ballerini. (Traducción del italiano).
Tratado Elemental de Sociología Cristiana, por Llovera.
Compendio di Sociologia cristiana, por Bosio.
Filosofía Sociale, por Cappellazzi.
Introduzione alla Sociologia, por Puccini.
Appunti di Sociologia cristiana, por Mineretti.
Principii di Sociologia cristiana, por Baratta.
Manuel de Sociologie Catholique, por Poey.
Ethica Socialis, por Kachnik.
 Para estudiar el movimiento católico-social pueden consultarse los siguientes libros:
La Papauté, le Socialisme et la Démocratie, por A. Leroy-Beaulieu. París.
Le Catholicisme social, por P. Lapeyre. París.
Le Pape, les catholiques et la Question social, por León Gregorio (G. Goyau). París.
Contribution a l'etude du mouvement Social chrétien au XIX siecle, por P. Monicat. Lyon.
Autour du Catholicisme social, por G. Goyau. París.
Desenvolvimiento del Catolicismo social, por Max Turmann. (Traducción de S. Aznar). Madrid.
Les doctrines sociales catholiques en France depuis la Revolution jusqu'a nos jours, por Clereq. París.

les y científicas. Aun así y todo, los que cultiven estos últimos aspectos, NO DEBEN alejarse del campo de la acción y de las obras, si no quieren exponerse al peligro de convertirse en idealistas soñadores o en sociólogos de gabinete, unos y otros verdaderas plagas de la sociología, tanto en el terreno doctrinal como en el práctico (1).

La segunda observación es todavía más importante, y siento no poder tratar aquí extensamente el punto sobre que versa, pues es de tanta oportunidad que bien merecería él solo ocupar vuestra atención durante toda una conferencia. Me refiero a lo que llamamos SENTIDO SOCIAL, de absoluta necesidad al sociólogo y al hombre de acción.

Quien no sienta íntimamente lo social, ni perciba agudamente los males de la sociedad y de sus diversas clases y grupos; quien no tenga esa percepción tan afinada y penetrante como es menester para sentirse solidario y responsable de esos males, como parte y miembro que es del cuerpo social, quien, en una palabra, queriendo aparecer como sociólogo o como hombre de obras, es un INDIVIDUALISTA redomado, un perfecto egoísta, que vive solamente para sí, y que tal vez subordina hasta la misma acción social a su particular interés, ese tal que NO SE DEDIQUE a sociología ni a obras sociales. No hará más que daño! y deshonrará la bandera mil veces bendita del catolicismo. ¡Católico-social e individualista son dos conceptos que mutuamente se repelen!

Para los tales aparecería escrita la frase de Ersamo: «*reformatio-nem dixerunt, deformationem fecerunt*».

En efecto: la falta de ese SENTIDO SOCIAL, arrastra, a quienes no lo cultivan educándolo cual lo merece, a esclavizarse a los pies de esa funesta serie de «novedades *modern style*», que tantos errores divulgan, tantas deformaciones amparan, tantos ensayos prestigian y tantos fracasos ocasionan.

ES INDISPENSABLE poseerlo, no ya sólo para una recta y completa formación así de carácter general, como de especialización metódica, sino también—y de un modo muy particular—para intervenir en el terreno de la acción y de las obras hoy sobre todo, que predomina la PELIGROSÍSIMA tendencia a imprimirles carácter neutralista, laicista.

(1) «De la misma manera que no hay libro alguno que pueda excusar de de los trabajos de clínica a un médico; así tampoco no hay tratado ni revista, cuya lectura pueda substituir con ventaja la práctica adquirida con el trato de los hombres de obras y con las obras mismas.» RUTTEN, *Manual de Estudios Sociales*.

No me hubiera perdonado haber omitido el señalaros este peligro, bastante más frecuente de lo que muchos pudieran creer, desde que al amparo de una legislación aconfesional, de un ambiente maléfico, de una funesta tolerancia y de una lamentable FALTA DE SENTIDO SOCIAL CRISTIANO, la ley y los confabulados contra nuestra doctrina, no hacen más que aplicar y sustentar el principio hipócrita de la NEUTRALIDAD.

¡No seréis así vosotros! No. Yo os conozco.

Sólo me resta deciros: ¡Adelante, jóvenes de aliento! ¡Adelante, adalides futuros de la causa social católica, de esa causa nobilísima que ya honráis con vuestros actos y virtudes, con vuestros primeros esfuerzos!

Si algo valen para con vosotros mis palabras, creedme:

HUID de lo cómodo,

RENUNCIAD a los éxitos fáciles,

ABANDONAD los caminos placenteros,

AMAD las sendas escarpadas,

SUBID a la conquista del ideal con vuestros esfuerzos, con vuestro trabajo aplicado especialmente sobre vosotros mismos,

y con vuestra tenacidad y constancia en el estudio:

AD ARDUA PER ARDUUM:

en marcha hacia lo más dificultosos por el camino más áspero!

GABRIEL PALAU, S. J.